

españoles, de cardenales y prelados, de santos insignes compatriotas nuestros, que bien puede asegurarse, que el viaje por la Roma monumental es un encuentro continuado con el genio y con la gloria de la poderosa España de otros tiempos. Sobre el Aventino da todavía su fruto dorado el árbol que plantó Santo Domingo, honra y prez de los Guzmanes verdaderos. En esta iglesia del Janículo fué coronado D. Pedro, rey de Aragon; en aquella otra cumbre se levanta un templo erigido por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel; en Santa María de la Victoria y en Santa María de Araceli guárdanse trofeos de Lepanto; el techo de Santa María la Mayor aparece aún refulgente con el primer oro enviado de América por Cristóbal Colon. Debajo del Capitolio está la humilde morada de Ignacio de Loyola y de Francisco Xavier y de Lainez. Detras del palacio Braschi, sobre las ruinas del circo Alejandrino, está la casa donde José de Calasanz instituyó las escuelas pías; aquí fué el hospital de Santiago, propio de los españoles; allí se ve el de Monserrat, con su preciosa iglesia, donde esperan digno sarcófago los despojos mortales de los dos papas Borgia. Frente al arco de Septimio Severo, como guardando las ruinas del Foro, viven en santa pobreza los mercenarios españoles; al otro lado del Tiber, donde fueron el templo y bosque de Furina, que vieron la muerte de Cayo Graco, oran en nuestra lengua humildes hijos de San Francisco; sobre los conventos de la Trinidad, en el Corso y en el Quirinal, brillan las armas de España; en el pórtico de la basílica Liberiana está la estatua, en bronce, del rey D. Felipe IV; para erigir una columna conmemorativa de la Concepcion inmaculada de la Virgen, patrona de nuestra monarquía, el pontificado actual ha escogido la plaza que lleva el nombre de España. ¿No es verdad que el tema de *España en Roma* merecería por sí solo un libro de oro en que el patriotismo pusiera las ideas, y el talento dictase las palabras?

El hallazgo de un recuerdo de la patria, de la patria desgraciada y en luto, entre las ruinas de una ciudad que es maestra de desventuras, y asilo, por tanto, de corazones tristes y de majestades descoronadas, produce una impresion que el alma

bendice y que la voz no sabe expresar. El nombre oscuro de un compatriota, escrito siglos hace en la losa humilde sobre la cual doblamos la rodilla, nos trae al punto, mensajero de otra patria y de otra vida, ideas consoladoras de fraternidad y de esperanza. Terminar en Roma la peregrinacion del mundo, es subirse, como Tasso, á lo más alto, para tener más cerca el cielo. Quien muere en Roma no muere en tierra extranjera.

En tanto que el libro especial de *España en Roma* se escribe por alguno de los doctos viajeros, que la tempestad presente ó la calma futura envíe á la ciudad eterna, las legítimas glorias españolas recibirán humilde pero sincero homenaje en estas páginas, que no han de ser un seco estudio descriptivo de la Roma antigua, ni un nuevo itinerario de la Roma moderna. No me propongo investigar y repetir menudamente el origen y vicisitudes de cada uno de los monumentos del paganismo, ni recorrer todas las iglesias cristianas, que exceden en número al de los días del año. No puedo hacer de la arqueología, ni de la historia, ni de las bellas artes, el asunto exclusivo, el principal siquiera del ensayo que emprendo. Y sin embargo, algo de todo esto, y mucho más, que no es fácil determinar de antemano, ha de contenerse en este libro, resúmen de impresiones y de recuerdos. La vista del Pantheon y del Anfiteatro, y de las basílicas de San Pedro y de San Juan, despierta en el espíritu un órden de ideas nuevo, que no se relacionan con nada de lo que en otros viajes ha admirado; los sepulcros animados á la orilla de los caminos, y las desiertas galerías de las termas, donde la hierba crece, llevan la imaginacion al seno de otro mundo, salvando rápida las fronteras de los siglos y de las civilizaciones; ante el muro frontal de la capilla Sixtina ó en la cámara de la Signatura, el pensamiento lee cosas que los libros no enseñan; con las vírgenes de Andres del Sarto habla embebecida el alma del cristiano; y en el hogar de las sacras familias de Rafael llora de ternura el alma del artista. Ideas, pensamientos, emociones, suspiros, sueños quizá de la fantasía....., todo esto inspira y produce el cuadro grandioso de Roma; ¡admirable efecto de sol sobre palacios y jardines, cuando se le mira á la luz clara de la fe; cuando se le

mira con los ojos de la soberbia humana, pálido efecto de luna sobre ruinas solitarias en campos de desolacion!

El viaje á la Roma antigua, empezando por las primitivas tradiciones poéticas y deteniéndose en los confines del siglo de Augusto, es un viaje que entretiene en el principio, interesa luego, pero desconsuela al fin. Si á este viaje se añade, ó mejor dicho, con él se combina el estudio de la Roma cristiana y de las maravillas del arte moderno, ni la peregrinacion real se hace fatigosa, ni monótona la lectura del libro que la contenga; hay contrastes tan elocuentes por sí mismos, armonías tan felices entre los destinos de aquella Roma de la esclavitud civil y los destinos de esta otra Roma de la libertad moral, que tanto más se acrecienta la hermosura de las instituciones á que dió vida el espíritu cristiano, cuanto mejor se conocen aquellas con que el espíritu pagano se daba muerte á sí propio; los templos del Dios verdadero, asentados sobre las ruinas de los que fueron templos de los falsos dioses, proclaman el triunfo de la verdad y son cátedras soberanas de filosofía de la historia; los franciscanos, ocupando las alturas del Capitolio y del Janículo; la estatua del padre de los dioses, purificada por el fuego y fundida en estatua del Príncipe de los apóstoles; los altares del *Via-Crucis* al pié de las gradas rotas del Coliseo, y la cruz en medio de la arena; el templo de Marte, iglesia de Santa Martina; el circo de Neron, sepultura de San Pedro y catedral del mundo..... ¿Es posible separar estos recuerdos? ¿es posible dejar de ver en estos contrastes y en estas armonías, una disposicion providencial, que el espíritu creyente reverencia tanto más, cuanto mejor la conoce? El estudio, pues, ordenado en cuanto sea posible, de las dos Romas y de las grandezas artísticas que atesoran, refiriendo á una multitud de monumentos su pasado gentílico y su presente cristiano, mantiene el interes y facilita la inteligencia de sucesos y lugares, con visible ventaja sobre la pauta rigurosa de las fechas ó el empírico sistema de las regiones.

Pagado el primer tributo de admiracion á la basilica de San Pedro y á los tesoros del Vaticano, épico resumen de las más altas glorias de la religion y del arte, el estudio histórico des-

criptivo de las siete famosas colinas, del Campo de Marte y del Trastevere, puede abrazar en sus múltiples relaciones el cuadro de la Roma pagana y de la cristiana, dando noticia de los monumentos, en el orden mismo en que durante el viaje clásico aparecen, y enlazando con ella las reflexiones filosóficas y artísticas que su pasado y su presente inspiran. Las Catacumbas, ilustre solar de la familia cristiana, son gloria privativa de la Roma de los mártires y de los pontífices; su estudio es el único que puede hacerse sin tocar siquiera en las lindes del mundo pagano. La soberbia ciudad de mármoles no imaginaba que en los negros subterráneos de su campo, bajo sus plantas mismas, germinase una vida más poderosa y más duradera que la suya. La Roma pagana y la cristiana pueden estudiarse á la vez misma; la tercera Roma, la Roma subterránea, es una ciudad especial, independiente; tan especial, que en el orbe no hay otra que se le iguale; tan independiente, como que en ella se consolidó la verdadera libertad del mundo.

Con este método, me propongo realizar un viaje, que, aunque limitado por el espacio, es inmenso por los horizontes que descubre, y memorable por los recuerdos que despierta. Bien se me alcanza, y dicho y repetido está, que apenas hay aspecto alguno bajo el cual no haya sido apreciada y descripta la ciudad, emporio de glorias augustas:

Veure du peuple roi, et reine encore du monde.

Los filósofos, los poetas, los artistas, todos han hallado en su seno argumentos de graves raciocinios, raudales de purísima inspiracion. Nada ó muy poco resta ya que hacer á la historia y á las artes; y sin embargo, cabe juzgar tantas maravillas á diversa luz y con criterio diferente; cabe, sobre todo, recorrer con el pensamiento y con la imaginacion vastas é interesantes regiones, leyendo con los ojos del espíritu en este gran catecismo de piedra, interrogando á las ruinas, viviendo la vida y respirando el aire de aquel pueblo y de aquella raza, que llenan tan importante período de la historia universal. Aquí están los elementos del libro, como en el mármol está la ma-

teria de la estatua, como en la paleta están los colores que han de animar el lienzo. Con iguales masas de mármol se han hecho mil estatuas diferentes; con los mismos colores está el arte de la pintura vivificando lo visible y lo invisible treinta siglos hace; con estas piedras de Roma la teología, en la serie de los tiempos, ha hecho un gran templo; la historia, una gran atalaya; la política, un gran castillo; las artes, un gran museo. Aquí hay, pues, datos siempre antiguos para formar un libro siempre nuevo. El fuego que guardan estas cenizas es tan intenso y de tan buena ley, que el soplo de la inteligencia, por leve que sea, muy pronto levanta llama, y la llama de este fuego da calor y alegría. Venir á Roma, visitar sus muertas grandezas y sus grandezas vivas, y escribir acerca de ellas, es sencillamente cumplir una obligacion que no impone la hospitalidad de otro pueblo alguno; es dejar el nombre y la salutación en un album, donde han escrito durante veinte siglos y en todas las lenguas las generaciones que han pasado, y seguirán escribiendo las generaciones por venir; es depositar una flor ante el único monumento, que permanece incommovible en medio de las tempestades y de los cataclismos.

No pueden ser más modestas, pero tampoco más legítimas, las aspiraciones de este libro; en él intentaré fijar lo ménos mal que sepa las impresiones recibidas, dejando hablar con espontaneidad al corazón y á la inteligencia; formularé en estas páginas, segun á mi pequeñez fuese permitido, aquella conversacion de que hablé en un principio; conversacion íntima y misteriosa, que con las obras del genio y con los genios inmortales entabla á veces el alma humilde y agradecida de los que, no sabiendo crear; tienen á lo ménos la dicha de sentir. Dejaré mi sencilla ofrenda de amor y agradecimiento en esta patria de todas las almas doloridas, en esta altura serena adonde elevan los ojos, hoy más que nunca, las naciones atribuladas.

¿Sabeis lo que representa esta altura, de la cual sale una voz que convoca para un dia dado todos los poderes espirituales de la tierra?

Cuando en la infancia del mundo toda carne habia perdido

su camino, Dios envió un diluvio de aguas para borrar la obra de la creacion como se borra en un libro una palabra.

Ahora, que toda razon parece haber perdido los senderos de la verdad y de la justicia, un diluvio de errores inunda el mundo de la inteligencia; las aguas cubren el llano y las montañas, y suben y crecen hasta el punto de no dejar libre más que esta cumbre del Vaticano, donde la paloma de la esperanza y de la paz tomará el ramo de oliva, y donde ahora, como siempre, descansará, cual en asiento perdurable, el arca misteriosa en que navegan los destinos de la humanidad.

Roma, 31 de Diciembre de 1868.